

LOS MOVIMIENTOS DE MUJERES Y LAS TRANSICIONES DEMOCRÁTICAS EN AMÉRICA LATINA

Jane S. JAQUETTE

La participación política de las mujeres.

El surgimiento de los regímenes burocráticos autoritarios.

La transición del autoritarismo a la democracia.

Los movimientos de las mujeres: orígenes y metas.

Metas divergentes, estrategias convergentes.

Evaluación de los movimientos de mujeres: perspectivas para el futuro.

Las mujeres y el futuro de la democracia.

Este ensayo examina el papel de las mujeres y del feminismo en la transición de la política autoritaria a la política democrática en cinco países de Suramérica durante la década de 1980. Parte de la premisa de que las transiciones democráticas latinoamericanas no pueden comprenderse correctamente si no se tiene en cuenta el papel desempeñado por las mujeres y las feministas. Asimismo, los cambios operados en los papeles políticos de las mujeres latinoamericanas no pueden evaluarse adecuadamente sin entender la política de transición.

Un examen más cuidadoso del papel político desempeñado por las mujeres durante las transiciones del autoritarismo militar a la democracia también plantea temas de la teoría y práctica feministas que trascienden la región misma. Las feministas en los Estados Unidos reivindican una teoría universal de injusticia y una visión global de lo que debe hacerse, a pesar de que su experiencia generalmente se limita a sociedades ricas, industrializadas y democráticas y en las cuales las mujeres de color son una minoría. Las feministas estadounidenses tienden a ver a las mujeres del tercer mundo como víctimas más que como creadoras de teoría feminista o como agentes de cambio.

La experiencia latinoamericana ofrece una perspectiva sobre temas importantes que están en el centro de una movilización internacional creciente de mujeres: ¿Cuál es la relación entre "mujer" y "ciudad"? ¿Cuáles son las estrategias disponibles que se pueden adoptar para trascender la entrada de las mujeres a la política y cambiar la agenda política y aún la definición de la política misma? ¿Puede tener éxito un enfoque de participación política que parte de las diferencias entre mujeres y hombres, en vez de hacer énfasis sobre su igualdad?

Las transiciones de regímenes militares autoritarios hacia la política democrática coincidieron con el resurgimiento de los movimientos feministas y el rápido crecimiento de organizaciones entre las mujeres urbanas pobres en América Latina. Esto ha conferido a los grupos feministas latinoamericanos una oportunidad única para articular el análisis feminista con temas políticos más amplios, con acciones directas y con los avances de la política del feminismo internacional.

La participación política de las mujeres

La movilización política de las mujeres ha tenido una larga historia en América Latina. Desde las guerras de independencia libradas contra España a principios del siglo XIX hasta las guerras de guerrillas de las décadas de 1960-1970, las mujeres han estado activas en movimientos políticos amplios.

Las mujeres han organizado huelgas, han participado en demostraciones callejeras urbanas y se han afiliado a los partidos políticos, aún antes de obtener el derecho al voto. Desde la segunda guerra mundial, las condiciones de la vida urbana dieron origen a redes de organizaciones de barrio que presionaban por la obtención de servicios urbanos y precios mejores para el consumidor. Las mujeres se han organizado en clubes de madres y asociaciones "de costo de vida" para exigir escuelas, hospitales y para protestar contra el aumento de precios; han sido activas en las asociaciones de barrio, demandando títulos de propiedad y servicios básicos en los tugurios y asentamientos subnormales que albergan a una proporción sustancial de la población urbana de América Latina.

La historia del feminismo latinoamericano se remonta por lo menos un siglo a las campañas sufragistas de las mujeres. Al igual que en los Estados Unidos, el movimiento sufragista fue liderado por mujeres de clase alta y media alta y produjo una agenda reformista en vez de una guerra social, radical. El derecho al voto fue concedido a las mujeres sobre bases que tenían poca relación con los ideales feministas¹. Por ejemplo, en el Ecuador, país conocido por su pobreza y relaciones sociales cuasi-feudales y no por su tradición democrática liberal o su avanzada legislación, a las mujeres se les concedió este derecho en 1929. Brasil, Uruguay y Cuba hicieron lo mismo a principios de los años treinta. Argentina y Chile, países que figuraban entre aquéllos que contaban con los ingresos

1 Véase Kraditor, Aileen S. *Ideas of the Women's Suffrage Movement, 1890-1920*. New York Columbia University Press, 1965.

per cápita y tasas de alfabetismo más altos no concedieron el voto a las mujeres sino después de la segunda guerra mundial, mientras que Perú, México y Colombia lo hicieron en la década de 1950.

La ausencia de correlaciones entre los indicadores económicos y educativos y el voto de las mujeres se debió en parte a la creencia ampliamente difundida de que las mujeres votarían por el *statu quo* y no por el cambio y que el voto femenino sería controlado por la Iglesia católica conservadora. Irónicamente, los conservadores fueron quienes otorgaron la ciudadanía a las mujeres en Chile, Brasil y Perú, con la intención explícita de utilizar el voto femenino para contrarrestar el creciente radicalismo político de un electorado masculino cada vez más movilizado².

En estas circunstancias, el voto femenino no indicó un cambio de actitud hacia la mujer ni un compromiso político de tener en cuenta las cuestiones de las mujeres, aunque Argentina puede ser la excepción. Desde 1975, ha habido en esta región un incremento dramático en la movilización política de las mujeres en todos los sectores de la sociedad. Parece evidente que América Latina está experimentando una nueva época en la movilización de las mujeres, comparable en muchos aspectos al movimiento de emancipación femenina de principios del siglo XX, pero a escala mucho mayor.

La combinación de tres patrones de movilización de las mujeres le ha dado al "movimiento de mujeres" un papel reconocido en las transiciones democráticas: los grupos de los derechos humanos de las mujeres, los grupos feministas y las organizaciones de mujeres pobres urbanas. Cada una de estas ramas del movi-

2 Para una discusión sobre el voto de las mujeres en América Latina, véase Chaney, Elsa. *Supermadre; Women in Politics in Latin America*. Austin: University of Texas Press, 1979, Capítulo 3. Sobre el conservatismo de las mujeres, véase: Blough, William "Political attitudes of mexican women", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. 14, mayo de 1972, y Neuse, Steven M. "Voting in Chile: The feminine response", en: John A. Booth y Michael Seligson (eds), *Political Participation in Latin America*, New York, Holmes and Meier, 1978.

miento de mujeres tuvo orígenes y metas diferentes; la oportunidad e inclusive la necesidad de cooperación surgieron de las demandas planteadas por el mismo proceso de transición.

En Argentina, Chile y Uruguay, por ejemplo, las mujeres fueron de las primeras en protestar contra las desapariciones y encarcelamientos masivos; las organizaciones de mujeres familiares de los desaparecidos constituyeron la espina dorsal de los grupos de derechos humanos y éstos se convirtieron en el tema central de los esfuerzos civiles dirigidos a expulsar a los militares. En algunos casos, el activismo femenino en materia de derechos humanos fue una extensión de su participación en las comunidades cristianas de base y recibieron apoyo de la Iglesia. En otras partes, especialmente en Argentina, las amas de casa, quienes nunca habían participado en actividades políticas, irrumpieron en el escenario político para protestar contra la pérdida de esposos e hijos. Estas mujeres no se consideraban a sí mismas feministas; por el contrario, su solidaridad y sus estrategias políticas fueron una extensión de sus papeles familiares tradicionales. El más famoso de estos grupos, Las Madres de la Plaza de Mayo de Argentina, tuvo un impacto sin precedentes y vino a simbolizar la indignación de la sociedad civil contra los regímenes burocrático-autoritarios de la región en su conjunto.

El surgimiento de los movimientos feministas en la segunda mitad de los años setenta constituyó una segunda dimensión importante en el crecimiento y la autodefinición del movimiento de mujeres. Las mujeres profesionales formaron grupos feministas, muchas de ellas miembros desencantados de partidos políticos de izquierda, frustradas por la negativa de la izquierda de tomar en serio los temas de las mujeres. En razón de sus orígenes activistas, estos grupos feministas estaban intensamente comprometidos con la vinculación del análisis feminista en favor de un cambio social profundo. Aumentaron en número y su compromiso feminista se intensificó con la incorporación de las exiliadas políticas que regresaron de las capitales europeas y norteamericanas con nuevas ideas y nuevos conceptos sobre la política feminista. Realizaron conferencias y talleres, ofrecieron asesoría legal y consejería feminista, como también ayuda a las víctimas de la tortura y la repre-

sión. A partir de 1981, los grupos feministas empezaron a reunirse en "encuentros" regionales, bianuales, con el fin de compartir experiencias y desarrollar agendas para la acción.

La oposición compartida al régimen militar ofreció la oportunidad de vincular los temas de la mujer con los de la oposición civil. El clamor por los derechos humanos estaba vinculado con los derechos de las mujeres y el análisis del autoritarismo militar se convirtió en una crítica del autoritarismo en la familia. El trato dado a las prisioneras políticas (el cual frecuentemente incluía la violación y otras formas de abuso sexual), la cínica manipulación de los lazos familiares para acrecentar la eficacia de la tortura, la ruptura de las familias y la distribución de los hijos de los "desaparecidos" pusieron de manifiesto la hipocresía tras la glorificación de la maternidad e hizo imposible evadir el tema de la sexualidad de las mujeres³.

El conocimiento sobre la práctica de la violencia contra las mujeres en las cárceles hizo que fuese aceptable hablar sobre la violencia contra la mujer en la casa y en la calle. Estas experiencias le proporcionaron a la teoría feminista latinoamericana una situación única desde la cual analizar los límites entre lo público y lo privado, para debatir acerca de cómo los grupos de mujeres pueden "hacer política" para lograr el cambio social en un contexto democrático y reestructurar las imágenes políticas e inclusive el lenguaje mismo de la política.

La tercera dimensión del movimiento de las mujeres en América Latina -y su potencial en los grupos de base- fue la movilización de las mujeres pobres urbanas. La profunda recesión de los años ochenta causó una crisis económica que muchos han comparado con la Gran Depresión de los años treinta. Los ingresos reales cayeron en forma dramática, en tanto que los altos ni-

3. Bunster Barotto, Ximena. "Surviving beyond fear. Women and torture in Latin America". En: Safa, Helen J. and Nash, June, eds., *Women and Change in Latin American*, South Hadley, MA, Bergin and Garvey, 1986.

veles de endeudamiento externo obligaron a los gobiernos a adoptar "programas de ajuste estructural" que aumentaron los precios de los alimentos y los bienes de consumo básicos a la vez que recortaron la inversión en servicios e infraestructura dirigidos a mejorar la situación de los pobres urbanos. Las renegociaciones de la deuda ofrecían pocas esperanzas con los compromisos de cumplir con los plazos para la amortización de intereses y la extensión de los plazos para la cancelación de la deuda hasta bien entrado el próximo siglo.

Como respuesta al declive económico, las mujeres urbanas pobres se vieron obligadas a depender de sus propios recursos para asegurar la supervivencia de sus familias. La formación de cocinas comunales y comités de barrio para la nutrición infantil y la atención básica en salud despertó el interés de varios grupos con distintos objetivos políticos, incluyendo a los partidos políticos, la Iglesia, las fundaciones internacionales y las agencias de cooperación. Aunque la participación de las mujeres en las organizaciones de barrio no es algo nuevo, el nivel de coordinación entre los grupos locales, la formación de "federaciones" de grupos con intereses similares y la vinculación de los grupos de barrio a las otras ramas del movimiento de mujeres ubicaron a esta nueva fase de la organización comunitaria en un contexto nuevo y más poderoso. La coincidencia entre las transiciones políticas hacia la democracia y el crecimiento de las organizaciones comunitarias entre las mujeres urbanas pobres dio a estas organizaciones un contexto más amplio en el cual trabajar, metas más ambiciosas, nuevos recursos políticos y una prueba del poder nacional.

El surgimiento de los regímenes burocráticos autoritarios

La historia política de Suramérica se ha caracterizado por ciclos en los cuales se alternan regímenes militares y civiles. Los intentos iniciales de establecer repúblicas basadas en el modelo de la Constitución estadounidense se fueron a pique en el siglo XIX, teniendo frecuentemente como resultado el surgimiento de un caudillo. En el siglo XX, dos países suramericanos, Uruguay y Chile, se salieron de este patrón y establecieron gobiernos demo-

cráticos relativamente estables. En Argentina y Brasil surgió un nuevo estilo de liderazgo político de la crisis económica de los años treinta, fuertemente influenciado por el flujo de migrantes alemanes e italianos que se inició a finales del siglo XIX. Aunque hubo diferencias importantes entre los dos, los regímenes establecidos por Juan Domingo Perón en Argentina y Getulio Vargas en Brasil se diferenciaban del modelo liberal democrático e intentaron crear estados "corporativos". El Estado asumió un papel activo, estimulando la industrialización por sustitución de importaciones, y sirvió de mediador en las relaciones entre actores políticos claves: la oligarquía terrateniente, los industriales nacionales y extranjeros, la Iglesia y los sectores sindicalizados de la clase obrera, los cuales abarcaban desde obreros hasta maestros, trabajadores bancarios y empleados públicos.

A comienzos de los años sesenta todo parecía indicar que la época de los dictadores de la posguerra había terminado, Brasil, Argentina y Perú habían restablecido gobiernos democráticos con una generación de dirigentes activistas. Con la percepción de una nueva oportunidad para la cooperación, y temeroso de que la revolución cubana pudiera encontrar imitadores, el presidente Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso y comprometió a los Estados Unidos a dar reconocimiento diplomático solamente a aquellos gobiernos que llegaran al poder a través de elecciones. Sin embargo, en 1970, el péndulo ya había regresado y Argentina, Brasil y Perú estaban bajo regímenes militares; en 1973, ya Chile había fracasado en su experimento socialista y su tradición democrática con el golpe del general Pinochet, y Uruguay estaba sufriendo un golpe "en cámara lenta" que le dio control total a los militares a mediados de los años setenta.

Hubo una diferencia importante entre esta fase de gobiernos militares y los ciclos en los cuales los caudillos alternaban con períodos de gobierno civil. Estos gobiernos militares nuevos representaban a las fuerzas armadas como institución, a diferencia del patrón anterior en el cual individuos ambiciosos habían utilizado al ejército como medio para obtener poder personal. En esta nueva ronda de golpes de Estado, los militares definían su tarea en términos muy amplios, declarando su intención de permanecer en

el poder "indefinidamente" hasta que su proyecto de reestructuración de la sociedad hubiese sido completamente realizado.

En Brasil, Argentina, Chile y Uruguay, las políticas de los militares fueron excluyentes. Las dictaduras se propusieron purgar la sociedad de individuos y grupos -invariablemente aquellos de la izquierda política- a los cuales los militares consideraban una amenaza para la preservación de los valores tradicionales; la religión, la familia y la propiedad privada. El caso peruano ofrece un contraste importante; aquí también los militares tomaron el poder confiados en su capacidad profesional para gobernar, pero su proyecto era la reforma progresista o aún radical, y sus políticas fueron diseñadas con el propósito de incorporar grupos nuevos, particularmente las clases bajas urbanas y los campesinos, al sistema nacional.

En todos los casos, con excepción del Perú, los militares también se propusieron rediseñar el modelo económico que había orientado el desarrollo latinoamericano a partir de la segunda guerra mundial. En vez de las estrategias proteccionistas de desarrollo basadas en la sustitución de importaciones, cuyo resultado fueron las altas tasas de crecimiento de los años cincuenta y sesenta (pero que fueron criticadas por ser inadecuadas para generar crecimiento futuro), los militares fueron los abanderados de las políticas "liberales" basadas en el crecimiento a través de las exportaciones. En lugar de racionalizar y reglamentar la presencia de las compañías foráneas, estos nuevos regímenes propiciaron la inversión extranjera.

El resurgimiento del autoritarismo militar en la región iba en contra de las predicciones de la teoría del desarrollo político, la cual había planteado una correlación fuerte entre el desarrollo económico y la democracia política. Por supuesto que la correlación no era perfecta, pero el modelo predecía que las probabilidades de democracia serían reforzadas si se daban ciertos prerrequisitos: una población alfabetizada y educada y una economía en expansión constante. De acuerdo con los supuestos convencionales, Argentina, Uruguay y Chile, con ingresos per cápita y tasas de alfabetismo y escolaridad altas, debían haber avanzado bas-

tante en su proceso de conversión en democracias estables, Brasil, a pesar de una profunda brecha entre ricos y pobres, tenía la ventaja de contar con un mercado interno grande y una población dinámica; la elección de Juscelino Kubitschek en 1955 se consideró como una señal positiva de que Brasil se encarrilaba nuevamente por la senda democrática.

Por estas razones, los golpes militares ocurridos en Brasil en 1964 y en Argentina en 1966 fueron evidencia, no de desarrollo político sino, según la memorable frase de Samuel Huntington, de decadencia política. Producía aún más preocupación el hecho de que en Chile y Uruguay, en los años setenta, los militares intervinieron en sistemas políticos que habían funcionado bajo normas democráticas durante la mayor parte del siglo XX. Adicionalmente, estos regímenes militares estaban decididos no solamente a quedarse en el poder indefinidamente, sino también a utilizar en forma extensiva la represión y el terrorismo de Estado para despolitizar a sus ciudadanos y para silenciar la disidencia. Las instituciones democráticas dejaron de funcionar a medida que los cuerpos legislativos fueron cerrados o ignorados y los partidos políticos fueron prohibidos o severamente limitados. Los sindicatos fueron reprimidos o cooptados. Los individuos que habían sido políticamente activos, y aquellos de quienes los militares sospechaban por cualquier motivo, fueron sometidos arbitrariamente a prisión y tortura. Miles escaparon al exilio.

Surgieron tres tipos de teorías para explicar esta nueva fase del autoritarismo militar. La primera, en boga a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, argumentaba que la cultura política latinoamericana era hostil a la democracia. Según este punto de vista, las constituciones democráticas latinoamericanas, las cuales imitaban el modelo estadounidense, no eran apropiadas para naciones donde el poder estaba en manos de los terratenientes, los militares y la Iglesia. En consecuencia, la política latinoamericana no estaba evolucionando hacia la democracia, porque la cultura política no producía un comportamiento democrático de parte de los ciudadanos o de sus dirigentes. Se decía, en cambio, que el corporativismo sería la forma política apropiada para las sociedades latinoamericanas y que el regreso de los militares de-

bía entenderse como el resultado del hecho de que la política en América Latina es y continuará siendo autoritaria en vez de democrática, jerárquica en vez de igualitaria, corporativista en vez de pluralista, religiosa en vez de secular⁴.

Los escépticos respondieron a esta ola de literatura sobre el autoritarismo latinoamericano planteando que los argumentos en favor de una cultura política corporativista eran poco convincentes porque explicaban demasiado: sistemas tan diversos como la dominación unipartidista en México, el experimento vertical con una revolución socialista de los generales peruanos y la dictadura del general Onganía, en Argentina, quedaban todos cobijados por el rubro corporativista, a pesar de sus políticas contradictorias y la diversidad de sus mecanismos de control. Además, la teoría no explicaba la razón por la cual, si el corporativismo era tan atractivo, tenía que ser implementado por los militares y respaldado por el uso draconiano de la fuerza.

En 1973, un politólogo argentino, Guillermo O'Donnell, planteó una explicación más precisa sobre el autoritarismo militar. O'Donnell sostenía que esta nueva y represiva forma de autoritarismo militar afectó a los países económicamente más avanzados de la región⁵ y como hipótesis argumentó que los militares habían

4 Para la perspectiva cultural, véanse: Morse, Richard M. "The heritage of Latin America", en: Hartz, Louis B. (ed.), *The founding of new societies*, New York, Harcourt, Brace and World, 1964, y Wiarda, Howarth, "Toward a framework for the study of political change in the iberic-latin tradition: The corporative model", en: *World Politics* 25, January 1973, págs. 206-236. Sobre el corporativismo, véase: Pike, Frederick and Strich, Thomas (eds.), *The New Corporatism*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1974; Malloy, James M. (ed.), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, Pittsburg University of Pittsburg Press, 1977.

5 O'Donnell, Guillermo A., *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism: Studies in South American Politics*, Berkeley, Institution of International Studies, University of California, 1973. Para una revisión crítica, véase: Serra, José, "Three mistaken theses regarding the connection between industrialization and authoritarian regimes", en: Collier, David (ed.), *The new authoritarianism in Latin America*, Princeton, University Press, 1979, págs. 99-164.

tomado el poder para manejar una nueva etapa de desarrollo. En las economías más avanzadas, la estrategia de la posguerra representada en la industrialización por sustitución de importaciones se había "agotado" y era necesario que estas economías entraran en una nueva fase de "intensificación" de su industrialización para poder generar un nuevo crecimiento. La intensificación se definía como el paso de la producción de bienes de consumo (altamente protegida) a la producción de bienes de capital y al aumento de la integración vertical de la economía.

La industrialización por sustitución de importaciones se había basado en la ampliación del mercado interno y era, por tanto, compatible con políticas de intervención económica del Estado y con los programas sociales populistas que reforzaban la capacidad de compra de los trabajadores. Sin embargo, la fase de intensificación requería un aumento del ahorro y de nuevas inversiones sustanciales, lo cual significaba recortar los programas sociales y retroceder la movilización popular que se había dado durante el período de la sustitución de importaciones. El dar reverso a la política populista necesitaba la represión. Para O'Donnell, el autoritarismo militar no representaba un "retroceso" temporal en la marcha hacia la democracia; por el contrario, lo consideraba como el camino que otros países menos avanzados de la región acabarían siguiendo en el futuro. O'Donnell clasificó estas nuevas dictaduras militares como regímenes "burocrático-autoritarios", término que captaba su naturaleza represiva y antidemocrática, así como el papel significativo desempeñado por los tecnócratas civiles y militares, quienes estaban a cargo del manejo de la nueva estrategia de desarrollo.

El surgimiento del autoritarismo burocrático, por una parte, y los experimentos chileno y aun el peruano, de movilización popular y redistribución radical, por la otra, sugieren que hubo dos estrategias muy diferentes para afrontar el "agotamiento" de la sustitución de importaciones. Una de ellas, defendida por la izquierda, planteaba que la industrialización por sustitución de importaciones podía rescatarse si se avanzaba más por el mismo camino; la redistribución del ingreso y el manejo estatal de la economía podrían estimular el crecimiento y a la vez disminuir la bre-

cha entre ricos y pobres. La segunda estrategia abogaba por el crecimiento basado en las exportaciones y el desarrollo de industrias que pudieran competir internacionalmente. Los regímenes militares de Argentina y Brasil y luego los de Uruguay y Chile, escogieron la segunda estrategia y demostraron estar dispuestos a pagar el alto costo político que entraña la desmovilización sindical, la represión de las instituciones democráticas y la censura de prensa.

La militancia creciente de obreros y campesinos se frenó, y los dirigentes obreros e intelectuales que insistieron en sus reivindicaciones fueron exiliados o "desaparecidos". El negocio ofrecido por los militares era un crecimiento económico rápido a cambio de una desmovilización política y la pérdida de las libertades democráticas. En Brasil y Chile, los gobiernos burocráticos autoritarios produjeron "milagros" económicos con los cuales lograron ganarse el apoyo de sectores claves de la sociedad civil, pero en Uruguay y Argentina los militares no tuvieron el mismo éxito económico; estos regímenes se vieron obligados a depender de la coerción al carecer de una base de legitimidad económica.

La tesis de O'Donnell ha sido ampliamente debatida y en buena parte aceptada. Algunos observadores han cuestionado el determinismo económico del modelo y lo han sustituido por un conjunto de argumentos políticos para explicar las motivaciones de los militares, por lo menos en las etapas iniciales. Resaltan la amenaza que los militares percibían en grupos guerrilleros organizados, tales como los Tupamaros en Uruguay o los Montoneros en Argentina, y plantean que la polarización política producto del intento de Salvador Allende de implementar una revolución socialista democrática fue la causa de la intervención militar en Chile⁶.

La teoría según la cual los militares respondían a una amenaza puede explicar la habilidad para escoger el momento oportuno

6 El mejor ejemplo del esfuerzo por diferenciar los factores políticos y económicos es el de Hirschman, Albert O., *The turn to authoritarianism*, págs. 61-98. Véase también: Remmer, Karen and Merckx, Gilbert, "Bureaucratic authoritarianism revisited", en *Latin American Research Review*, 17:2, págs. 3-40.

para llevar a cabo las intervenciones militares, la dureza inicial de la represión (para liberar a la sociedad de la subversión interna) y la continuación de las políticas de terror para eliminar tanto a las organizaciones como a las ideas de izquierda. El apoyo conservador al autoritarismo militar puede entenderse no solamente en términos pragmáticos (en favor de las políticas económicas liberales y evadiendo la redistribución) sino también ideológicos (para rechazar la amenaza contra la propiedad privada). Si bien la tesis original de O'Donnell parecería ofrecer pocas esperanzas en relación con la restauración de la democracia, la perspectiva política predice que los militares se retirarán de la política cuando los partidos civiles organicen un apoyo amplio en torno a una estrategia centrista para gobernar.

En enfoque político agrega una dimensión importante para la comprensión del autoritarismo burocrático. Un punto de vista político más complejo introduciría el factor referente a los intereses institucionales de las fuerzas armadas: el profesionalismo de los militares, el cual ha funcionado en forma perversa en América Latina al dotar a los militares con las habilidades tecnocráticas y los motivos ideológicos para asumir el poder y al infundirles temor a las exigencias de los civiles de que los oficiales sean castigados por su participación en la implementación de las políticas de terrorismo de Estado. Este temor puede prolongar el deseo de los militares de mantenerse en el poder aún cuando sus políticas económicas y represivas ya no puedan ofrecer una justificación para ello.

La transición del autoritarismo a la democracia

Luego de una década larga de gobierno autoritario en los años sesenta y setenta, se dio un viraje importante hacia la democracia a finales de los años setenta y en la década de 1980⁷. En cua-

7 Hay una literatura cada vez más abundante sobre las transiciones. Véanse, por ejemplo: O'Donnell Guillermo A., Schmitter Philippe C. y Whitehead, Laurence (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule; prospects for Democracy*,

tro de los cinco casos aquí examinados -Argentina, Uruguay, Brasil y Perú- los gobernantes militares fueron reemplazados por regímenes constitucionales civiles. La excepción, claro está, fue Chile, pero aún en Chile hubo una amplia movilización política y una relativa libertad de expresión en la campaña en torno al plebiscito, que tuvo como resultado la victoria de los opositores de Pinochet en octubre de 1988 y el triunfo del candidato de la oposición, Patricio Alwyin, en 1989. Hubo otra elección democrática en 1993.

El viraje hacia la democracia en Suramérica comenzó en Brasil en 1975, cuando los militares iniciaron el lento proceso de la apertura política que llevó a la elección de un presidente civil una década después. La transición del Perú empezó en 1976, cuando un dirigente militar conservador asumió el poder, suspendió la reestructuración vertical y convocó una asamblea constitucional en 1978.

La tesis de este ensayo sostiene que el período de transición de una dictadura militar a un gobierno democrático no corresponde a la política habitual; ofrece oportunidades nuevas y plantea limitaciones diferentes. Los movimientos sociales -incluido el movimiento de mujeres- tuvieron una ventaja durante la transición porque pudieron movilizar a sus seguidores y sacar a la gente a la calle. Las transiciones son "aperturas" políticas en el sentido más amplio de la palabra; existe una voluntad general para repensar las bases del consenso social y revisar las reglas de juego. Esto ofrece una oportunidad extraordinaria a los movimientos sociales para plantear nuevas reivindicaciones y para influir sobre las expectativas populares. ¿Cuál fue el papel desempeñado por las mujeres?

Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1986; Drake, Paul W. y Silva, Eduardo, *Elections and Democratization in Latin America: 1980-1985*, San Diego, Center for Iberian Studies, University of California, San Diego, 1986; Baloyra, Enrique A. (ed.), *Comparing New Democracies, Transitions and Consolidations in Mediterranean Europe and the Southern Cone*, Boulder, Westview Press, 1987; y Malloy, James M. and Seligson, Mitchell (eds.), *Authoritarians and Democrats: Regime Transition in Latin America*, Pittsburg, University of Pittsburg Press, 1987.

Los movimientos de las mujeres: orígenes y metas

El "movimiento de mujeres" fue un conjunto de grupos diversos con patrones de organización y metas diferentes. Con diferencias en sus propósitos y estilos, estas tres ramas del movimiento de mujeres trabajaron juntas durante las transiciones y continuaron cooperando, aunque con menor éxito, al ser restablecidas las instituciones democráticas.

Cada uno de estos grupos movilizó a diferentes tipos de mujeres. Las organizaciones de derechos humanos fueron conformadas por amas de casa con poca experiencia política previa, quienes describían sus objetivos y actividades como "política eficaz". El activismo sin precedentes de estas mujeres fue producto de una causa extraordinaria: la invasión de la esfera privada de la familia por parte de los gobiernos que, a pesar de su compromiso público de preservar los valores familiares tradicionales, utilizaron el terrorismo de Estado para mantener el control político. Los Madres, en torno a quienes se solidificó el esfuerzo civil por privar a los militares de su legitimidad política, no pretendía romper la barrera entre lo público y lo privado. Fueron obligadas a ocupar el espacio público de la Plaza luego de fracasar en sus demandas privadas. Su heroísmo tampoco tocó la fibra sensible del público argentino cuando iniciaron sus marchas; lo que sucedió fue que después de ser ignoradas y ridiculizadas durante cinco años, recibieron la aclamación popular solamente cuando se hizo evidente que el régimen militar afrontaba una crisis fatal. Además, una vez restablecida la democracia, las Madres perdieron bastante influencia, a pesar de su activismo y compromiso permanentes.

Las mujeres de los barrios urbanos pobres también respondieron a una crisis: la devastación económica a largo plazo que ha reducido drásticamente los ingresos reales y los niveles de vida en América Latina. La causa subyacente de esta crisis es el patrón de crecimiento económico que ha atraído a los migrantes en proporciones que exceden en mucho a los empleos disponibles en la economía formal.

La creciente brecha entre ricos y pobres, que llevó a muchos en los años sesenta a concluir que el modelo de crecimiento capitalista había fracasado en América Latina, se empeoró en los años setenta a raíz de los efectos de la crisis petrolera y en los ochenta por la adopción de las "políticas de ajuste estructural" diseñadas para afrontar la crisis de la deuda. Estas políticas se diseñaron para reducir el consumo doméstico y promover las exportaciones; también implicaron un recorte de los programas sociales con el propósito de reducir los déficits gubernamentales.

La crisis de los años ochenta dio origen a nuevas organizaciones, tales como las cocinas comunales. Estas organizaciones se hicieron bastante visibles durante la transición y han mantenido su influencia en la medida en que los partidos políticos democráticos han venido dirigiendo sus campañas hacia los electores urbanos de clase baja. El surgimiento inesperado de los movimientos feministas en estos países y la importancia de los temas de organizaciones de mujeres en la política de transición se deben a una combinación única de factores. La crisis política del autoritarismo dio lugar a movimientos sociales y a la exigencia de una política más participativa. Las transiciones fueron marcadas por una apertura y flexibilidad ideológicas, nacidas del deseo de romper con el diálogo político polarizado del pasado. Esto ofreció un terreno fértil para la crítica social feminista, en tanto que la crisis económica conformó la agenda social del movimiento de mujeres a la vez que le facilitó una base de masas. El feminismo fue inicialmente rechazado por ser demasiado elitista y hostil hacia los hombres y, por tanto, por ser inadecuado para la realidad social y política latinoamericana. Pero, a medida que fueron regresando las exiliadas con ideas feministas nuevas, adquiridas en Europa y Norteamérica, y con la internacionalización del contenido de la agenda feminista a través del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer, el feminismo surgió como un esfuerzo consciente por redefinir los términos del debate político democrático.

Las transiciones democráticas favorecieron los movimientos sociales, organizados en torno a nuevas concepciones de lo político y de la comunidad, y coincidieron con un nuevo período de apertura política de la izquierda. El análisis de clase cedió ante el

nuevo interés por los movimientos de resistencia y la cultura popular. Los movimientos populares -incluido el movimiento de mujeres- se consideraban como "puntos de resistencia" a la dominación, el material político bruto a partir del cual se forjaría una sociedad antiautoritaria nueva. Al mismo tiempo, las "vanguardias" de la izquierda caían en el desprestigio. Esta coyuntura política ofreció un medio favorable para la teoría y la práctica feministas.

Metas divergentes, estrategias convergentes

A pesar de sus diversos orígenes y metas, cada una de estas ramas del movimiento de mujeres convergió en una estrategia de oposición al régimen militar, estrategia que las unió. No obstante, cada grupo usó formas diferentes para acceder a la esfera pública.

Los grupos de derechos humanos optaron por las protestas no violentas a pesar de la prohibición de las manifestaciones públicas. Las Madres desarrollaron un discurso poderoso en el cual valoraban la "vida" más que la "política", el amor por encima de la ideología: a ninguna madre se le pregunta sobre su ideología o sobre lo que hace; tampoco preguntamos sobre las actividades de sus hijos. Nosotras no defendemos ideologías; defendemos la vida... Nuestra gran preocupación es no dejarnos manipular por ningún partido político... Ni las amenazas ni los fusiles del gobierno son contrincantes dignos de la fe de una madre⁸.

El éxito político de las Madres constituye un provocativo reto para quienes tratan de explicar la marginación política de las mujeres como resultado de sus valores tradicionales y de sus roles privados. Las Madres mostraron la forma en que el lazo entre madre e hijos podía convertirse en la base de la acción política. Las Madres no solamente convirtieron los recursos morales privados

8 Bousquet, J.P. "Las locas de la Plaza de Mayo", citado en: Bonder, Gloria, "The Study of Politics from the Standpoint of Women", en: *International Social Science Journal* 35, 1983, pág. 581.

en poder público, transformando "la condición privada en una armadura pública" según Beatriz Schmukler; ellas volvieron a introducir una dimensión ética dentro de un medio político caracterizado fundamentalmente por el cinismo y la negación⁹.

De acuerdo con el planteamiento de Gloria Bonder, el romper la barrera entre los dominios de lo público y lo privado tiene implicaciones profundas para las mujeres, al liberarlas de vidas que "han sido definidas en forma natural" para insertarse en el mundo "definido en términos sociales" en el cual pueden ser los sujetos, y no solamente los objetos, de la acción política: la identificación de la política con la vida pública y el poder, los cuales emanan básicamente del Estado, excluye un conjunto de prácticas sociales clasificadas como privadas y, por consiguiente, no políticas. Esto se aplica a las funciones sociales que tradicionalmente se atribuyen a las mujeres, vale decir, la reproducción, las labores domésticas, la socialización de los hijos dentro de la familia, la sexualidad, etc. Estas funciones femeninas se consideran privadas y también "naturales". Al no ser identificadas como políticas, pierden el carácter de prácticas sociales y son relegadas a la esfera de lo natural.¹⁰

Sin embargo, hay quienes se muestran escépticas frente a la experiencia de las Madres como modelo para la política feminista. En Uruguay, Carina Perelli plantea que las mujeres se movilizan para restaurar la familia tradicional. María del Carmen Feijoó sostiene que el discurso político materno se limita a sí mismo, y, en última instancia, entraña una pérdida de poder al modernizar y secularizar las normas más conservadoras del comportamiento femenino. Perelli y Feijoó subrayan las contradicciones políticas del

9 *Las hijas de Antígona*, de Elshtain, Jean, es la fuente de referencia en el capítulo de Feijoó. Circuló entre las feministas de Argentina y Perú en 1986.

10 Bonder, Gloria. *Op. cit.* pág. 570.

enfoque de las Madres. Al declararse a sí mismas "por encima de la política" y dedicadas a la causa de la "vida", las Madres no podían fácilmente ampliar su agenda. En el período democrático, las Madres no han podido conservar su influencia. El consenso civil que ha surgido se ha centrado en olvidar el pasado y las Madres tienen pocas probabilidades de hacer retroceder esa tendencia.

Los movimientos feministas atrajeron a las mujeres ya politizadas, en gran medida aquellas que eran miembros de los partidos de izquierda. Tenían la ventaja del acceso y la experiencia, pero pronto se encontraron en conflicto con la dirigencia, dominada por los hombres, la cual percibía la "cuestión de las mujeres" en los términos marxistas clásicos y rechazaba todo intento de plantear los temas de las mujeres, clasificándolos de divisionistas y desviacionistas.

Maruja Barrig ha descrito las diversas tácticas de las feministas en el Perú, quienes empezaron con la doble militancia y llegaron hasta la formulación de reivindicaciones políticas feministas explícitas y a equiparar al patriarcado con la clase. Algunas de las activistas más radicales, posteriormente, formaron grupos feministas autónomos, enfoque que tenía sentido en el clima político de la transición, pero que significó el aislamiento político voluntario en el momento en que los partidos políticos volvieron a tomar la iniciativa política. Mientras tanto, los grupos de estudio y acción, los cuales habían comenzado por examinar temas de clase, particularmente en el trabajo de las mujeres, desarrollaron un nuevo interés por la sexualidad, la violencia contra la mujer y los derechos reproductivos. Tal como ha escrito Virginia Vargas, una feminista y activista peruana: "Nuestro fuerte deseo de no alienarnos en la 'lucha de clases' nos impidió pensar en nuestros propios términos y plantear la 'cuestión de la mujer'... La naturaleza especial del movimiento feminista latinoamericano no nos muestra cómo, en las situaciones concretas de nuestras vidas, las mujeres están unidas por su opresión sexual a todas las otras formas de opresión"¹¹. Sin embargo, la autonomía no era la clave de una estrategia política viable. Duran-

11 Vargas Valente, Virginia. "Movimiento feminista en el Perú: balance y perspectiva", mimeo, Lima, 1984, pág. 15.

te la transición, las nuevas ideas de las feministas y su capacidad para movilizar a las mujeres contra los militares le habían dado visibilidad e influencia al movimiento de mujeres. Cuando se restableció la democracia y los movimientos sociales tuvieron que trabajar con los partidos políticos para lograr que sus reivindicaciones se convirtieran en legislación, se encontraron compitiendo entre sí por recursos escasos. En el Perú, la decisión de Vargas y otra feminista de participar "autónomamente" bajo la sombrilla de una coalición política de izquierda tuvo como resultado una dolorosa derrota política. En forma parecida, la elección de mujeres -ni qué decir de feministas- resultó ser mucho más difícil de lo esperado.

Las mujeres de los sectores populares se vieron menos amenazadas que las feministas con el regreso de la política democrática; su experiencia política bajo los gobiernos militares y los democráticos fue la de llegar a términos con la política clientelista y con las realidades del poder asimétrico. La investigación llevada a cabo en los años sesenta y setenta mostró que los habitantes de los asentamientos subnormales organizaron asociaciones de vecinos para conseguir títulos de propiedad y acceso a los servicios urbanos. Las mujeres aprendieron a funcionar dentro de un ambiente político muy clientelizado.

Las feministas incorporaron nuevos criterios para asesorar a las organizaciones de mujeres urbanas: las alabaron por su democracia interna, por la rotación de su dirigencia y por la ausencia de una jerarquía formal, a pesar del costo que ello implicaba para su eficiencia política. Las dirigentes que fueron capaces de beneficiar a la comunidad mediante el empleo de relaciones clientelistas y que después utilizaron esos logros para fortalecer su propio prestigio, fueron condenadas por beneficiarse a sí mismas o por sus ansias de poder¹². Las feministas estaban a favor de los grupos

12 El capítulo de Barrig es muy crítico de la cooptación inherente al clientelismo, aunque este punto de vista es atenuado en alguna forma por Blondet. Teresa Caldeira distingue claramente entre las mujeres que se orientan hacia la comunidad y aquellas interesadas en acrecentar su prestigio personal mediante el uso de contactos personales para lograr beneficios en favor de la comunidad. Véase: Caldeira, Teresa. "Mujeres, cotidianidad: las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos." Ginebra: Unrisd, 1987, págs. 75-128.

que funcionaran sobre la base de "intereses" y no de los individuos que así lo hicieran.

Lo que las investigadoras feministas querían verificar era el hecho de que las mujeres dan diferentes contenidos y estilos a la política. Hay alguna evidencia de que esto es así. Teresa Caldeira, al estudiar a las mujeres en São Paulo, sostenía que éstas proyectan sus vidas personales en la política, remodelándola de tal forma que se ajustan a sus valores y metas. Encontró, al igual que Julieta Kirkwood, feminista chilena, que las mujeres están alienadas por los partidos políticos. Tal como lo enuncia una de sus informantes al referirse a una reunión del Partido de los Trabajadores, de izquierda, en el Brasil: "Me parece que en los debates se tiene que ser política, ¿no?... Allí una tiene que actuar por sí misma. Defender sus propios intereses. Es apenas lógico. Así que yo sólo voy a ver qué pasa. Ellos son los ricos, así que ¿por qué voy a pelear con mis vecinos por ellos?. En el partido es más fácil participar por mis intereses, pero en la comunidad, yo por lo menos creo que la comunidad no tiene 'intereses'... Porque en el partido, la gente quiere ascender. Pero en la comunidad, en mi opinión, no hay ni arriba ni abajo. Todos somos iguales"¹³.

Cecilia Blondet, al estudiar las motivaciones políticas de las mujeres en una barriada de Lima, sostenía que, aunque la participación puede transformar las vidas personales de las mujeres, el cambio puede no ser suficiente. La familia es el "nexo" a partir del cual las mujeres se insertan en la red más amplia de las organizaciones comunitarias. La participación confiere poder a las mujeres al darles más control sobre las condiciones personales e institucionales bajo las cuales vive. Blondet afirma que el clientelismo es un "mecanismo de entrada" a la política y que las mujeres han empezado a sustituir un "nuevo tipo de clientelismo", el cual es definido por los clientes en "forma colectiva".

13 *Ibid.*, pág. 100.

No obstante, Blondet pone en duda la profundidad que los efectos de estas nuevas formas de participación han tenido sobre las mujeres de los sectores populares: las mujeres han aprendido acerca de la ciudad, la organización urbana y la pobreza. Sin embargo, su participación nunca trasciende los límites de la familia. Estas mujeres luchan por mejorar las condiciones de sus familias sin llegar a constituirse en una fuerza política o socialmente organizada de mujeres que pudiera exigir cambios en sus condiciones de subordinación cotidianas y en su trabajo como mujeres. Por lo tanto, es necesario repensar el papel de las organizaciones de mujeres como canales para la acción colectiva, mecanismos por medio de los cuales se legitiman los movimientos sociales y su papel como protagonistas para, de esta forma, cambiar la manera de concebir la participación de las mujeres¹⁴.

Blondet y Caldeira abordan la cuestión de la adquisición de poder por parte de las mujeres, así como aquella relativa a cómo pueden ser movilizadas dentro de movimientos más amplios de cambio social. Ésta no es una tarea fácil y su explicación ilustra la utilidad de la distinción planteada por Maxime Molineaux entre intereses prácticos y estratégicos de género, entre aquello que las mujeres necesitan por ser pobres y aquello que se les niega por ser mujeres. Existe una brecha entre el conocimiento feminista acerca del patriarcado y los temas relacionados con las supervivencia de la familia, los cuales motivan a las mujeres de los sectores populares. El meollo del asunto estriba en cómo articular clase y género, intereses prácticos y estratégicos de las mujeres.

La percepción feminista de la familia como terreno del conflicto entre hombres y mujeres está en contradicción directa con la

14 Blondet, Cecilia. "Muchas vidas construyendo una identidad: las mujeres pobladoras de un barrio limeño", en: Jelin, Elizabeth (ed.) *Ciudadanía e identidad: las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos*. Ginebra: Unirid, 1987, pág. 70. Sobre la familia como la base de la motivación política y sobre la relación entre los grupos de mujeres urbanas y rurales y el partido de gobierno, APRA, en el Perú, véase: Radcliffe Sarah A., University of Cambridge, *Working Paper*, 43.

forma en que las mujeres de los barrios urbanos pobres entienden y justifican su politización, *para* la familia. El tema de la violencia contra la mujer ha ofrecido una base para la cooperación entre las feministas - las *delegacias* en el Brasil ofrecen el mejor ejemplo- y temas tales como las guarderías, la planificación familiar y el control local de las escuelas también han tenido resultados positivos. Con todo ello, se quedan cortos para constituirse en una base viable para la solidaridad política de las mujeres.

El concepto de "vida cotidiana" ha contribuido a abrir el diálogo entre las feministas y las mujeres de los sectores populares. Aunque existen obvias diferencias de clase, las mujeres comparten en forma universal las realidades concretas de alimentar, albergar y cuidar a sus hijos. Experimentan una matriz doméstica similar constituida por interacciones masculinas/femeninas, con dimensiones emocionales y materiales. Los problemas comunes de la vida diaria les permiten a las mujeres comunicarse en términos concretos. La "vida cotidiana" no solamente vinculó a las feministas con las mujeres urbanas pobres; también les permitió acceder a los interesantes debates políticos que se estaban dando. La "vida diaria" reorienta la tendencia occidental de valorar lo público por sobre lo privado. Reivindica la heterogeneidad y la espontaneidad y favorece lo emocional sobre la razón "objetiva". Los esfuerzos feministas dirigidos a extraer las implicaciones de la vida cotidiana se incorporaron al discurso político y social amplio, por ejemplo, en el trabajo de Julieta Kirkwood, quien aplicó la teoría feminista al proceso de democratización. "Aunque parezca paradójico", plantea que, para muchos sectores, la vida bajo un sistema dictatorial, autoritario, ha puesto en evidencia que el autoritarismo no es solamente un problema económico o político, sino que tiene raíces profundas y que permea totalmente la estructura social y que lo que anteriormente se consideraba no tener naturaleza política, en razón de su asociación con la vida privada diaria, debe ser impugnado y rechazado. Se empieza a decir que la familia es autoritaria; que la socialización de los hijos es autoritaria y rígida en su asignación de los roles sexuales, y que la educación, las fábricas, las organizaciones y los partidos políticos han sido constituidos sobre bases autoritarias.

Agrega que "las necesidades sociales reales no pueden adscribirse a los grupos y definirse desde fuera... El hacerlo simplemente contribuye a una alienación nueva y doble"¹⁵.

Evaluación de los movimientos de mujeres: perspectivas para el futuro

La historia juzga a los movimientos sociales por el impacto a largo plazo que tienen sobre la sociedad. Los movimientos sociales que tienen éxito inevitablemente pierden su razón de ser, puesto que el propósito del movimiento es cambiar las actitudes y el comportamiento. A medida que se da el cambio, la energía del movimiento inevitablemente se disipa y los valores y estructuras nuevas se institucionalizan. Si el movimiento social fracasa, pierde a sus adherentes hasta quedarse solamente con sus más fervorosos seguidores: se convierte en una secta, no en un movimiento.

Los movimientos sociales surgen y caen, vuelven a surgir bajo nuevas formas cuando "un orden social no puede responder a retos nuevos". Las experiencias del feminismo latinoamericano parecen sugerir que la tendencia de la participación política de las mujeres a surgir y decaer, a moverse en olas o ciclos de activismo, en vez de surgir en forma constante a lo largo del tiempo, se debe al hecho de que los movimientos sociales tienen mayor éxito para convocar la lealtad y la energía de las mujeres que otras formas más convencionales de participación.

En términos feministas, los movimientos de mujeres de estos cinco países, a pesar de sus debilidades y diferencias han tenido mucho éxito. Han logrado cambiar la legislación, en especial en el área de la familia, y han creado instituciones nuevas, tanto dentro como fuera del gobierno. Se han establecido vínculos nuevos en-

15 Kirkwood, Julieta. "Women and politics in Chile", en: *International Social Science Journal* 35, 1983, págs. 635-636.

tre las organizaciones de mujeres sobre la base de la cooperación, de la oposición democrática, así como entre las organizaciones de mujeres y el Estado. Los éxitos en un país, tales como el nivel de los consejos de mujeres y las *delegacias* de policía en el Brasil, han sido puestos en práctica en otros países; asimismo, se han discutido y comparado los éxitos y los fracasos en los encuentros regionales y en los numerosos boletines y periódicos que han servido para que los grupos de mujeres se comuniquen entre sí.

Ha habido un esfuerzo permanente por insertar los temas de las mujeres en las plataformas de los partidos políticos y transformar el compromiso político en política pública. Las actitudes de la opinión pública también han cambiado, la representación de las mujeres en los medios de comunicación ha mejorado notablemente y temas anteriormente considerados tabú -incluidos el aborto y la sexualidad- ahora se discuten en forma abierta. Las costumbres están cambiando rápidamente y el feminismo ha provisto un marco de referencia nuevo y liberador -aunque no acrítico- dentro del cual se pueden evaluar estos cambios.

A pesar de los éxitos, persisten los problemas. La representación política de las mujeres, importante indicador de poder, no ha mejorado sustancialmente, aunque ha habido un aumento notable en el número de nombramientos administrativos de alto nivel. Las feministas han hecho mella en algunos intelectuales y activistas cuyas ideas y valores influyen sobre las agendas y actitudes políticas, pero estos logros han sido más de tipo retórico que real. El movimiento feminista no ha tenido que enfrentar un retroceso, pero puede aducirse que aún no ha tenido un impacto tal que amerite una respuesta defensiva de este tipo. Aunque debe señalarse que la Iglesia ha cooperado con los movimientos feministas, consolidando un apoyo masivo al responder a los intereses "prácticos" de género de las mujeres.

Las organizaciones populares de mujeres -las cocinas comunales, los movimientos a favor de las guarderías y el costo de la vida- han ayudado a las mujeres y a sus familias a sobrevivir durante una década de crisis económica severa. La orientación hacia la autoayuda de estos grupos ha significado una sofisticación po-

lítica mayor, así como un mayor sentido de la eficacia personal. No obstante, la contribución feminista a la comprensión y la asesoría a las organizaciones populares de mujeres, ha sido en gran medida *ad hoc*. Los movimientos feministas no han desarrollado aún un análisis permanente sobre el impacto de los programas de ajuste estructural que pueda ser utilizado para mitigar sus efectos, ni tampoco han atacado con la suficiente fuerza las perspectivas asistencialistas y clientelistas que todavía persisten en las respuestas a los problemas de las mujeres pobres. A pesar de la importancia de los temas relacionados con derechos humanos, han sido pocos los esfuerzos por ampliar la definición de derechos humanos para incluir en ellos los derechos de las mujeres o las necesidades humanas básicas.

Existen dos problemas fundamentales que obstaculizan la búsqueda de una estrategia viable. El primero es el potencial para que se presente un conflicto de clase, evidenciado en los esfuerzos de los grupos populares de mujeres por mantener su independencia y disociarse de las clasificaciones "feministas" y en la ambivalencia feminista en torno a la organización de las trabajadoras domésticas. El segundo es estructural: los movimientos de mujeres no han tenido la voluntad para hacer el ajuste necesario que les permita pasar de ser movimientos sociales, con visiones universales y éticas del futuro, a ser grupos de interés que presionen por reformas mucho más limitadas. Para las feministas, la estrategia de lograr mejorías incrementales, respecto a una serie de temas, es inadecuada; la política del compromiso y el cabildeo no llena las expectativas feministas y a su vez requiere de habilidades y fortalezas organizativas muy diferentes de las que se emplearon con tanto éxito durante la transición. Junto con otros movimientos sociales, las feministas se sienten cada vez más marginadas, lo cual genera una sensación de desencanto entre los grupos que más participaron en la caída de los regímenes militares.

Las feministas han tenido que enfrentarse con el desagradable hecho de que la democracia no significa un cambio decisivo en la forma en que la sociedad hace política. Los patrones jerárquicos vuelven a aparecer -incluidos el personalismo y los lazos clientelistas entre los poderosos y los débiles. El Estado reafirma un pa-

pel corporativo, signando legitimidad y acceso a ciertos grupos y excluyendo a otros; y los políticos vuelven a concentrar sus esfuerzos en disfrutar, con sus seguidores, de las prebendas, según lo establecido por el modelo histórico del patronazgo, el cual mantiene el sistema en ausencia del consenso social.

Las mujeres y el futuro de la democracia

El surgimiento del movimiento de las mujeres en América Latina tiene implicaciones que van más allá del mejoramiento de la condición de la mujer y de plantear los temas de las mujeres dentro de sistemas políticos que han sido resistentes al cambio.

La estructura y las estrategias de los movimientos de mujeres dentro de las nuevas democracias, y la respuesta del proceso político, aún dominado por los hombres, determinarán el nivel y la calidad de la integración política de las mujeres. Esto, a su vez, podría afectar la legitimidad de las instituciones democráticas, no solamente porque las mujeres pueden ser directamente movilizadas para apoyar la democracia contra la amenaza de los golpes militares, sino también por el papel desempeñado por los movimientos sociales en general y el movimiento de mujeres en particular, para resucitar el concepto de democracia como proceso participativo y auténticamente representativo.

La movilización de las mujeres y el crecimiento de la conciencia feminista ocurrieron durante este extraordinario período político de la transición democrática, con lo cual las agendas de las mujeres y sus estrategias tuvieron un carácter diferente del que hubieran tenido si se hubieran desarrollado en un ambiente de continuidad democrática. El clima político favorecía la cooperación, la movilización y las negociaciones directas entre las mujeres y el Estado. Los feminismos suramericanos reflejan la política de la transición: se resaltan los derechos humanos, los objetivos morales y la oposición al autoritarismo militar. Las feministas impugnan la división entre el mundo público de la política y el mundo privado de la familia, en nombre de todas las mujeres de todas las clases. La violación de la santidad de la familia por parte de los

militares le confiere un significado muy especial al concepto de que lo "personal es político".

No obstante, la política de la transición no es la política habitual y el movimiento de mujeres ha tenido que ajustarse a esta diferencia. Durante la transición, la movilización popular tiene prioridad y el debate en torno a los ideales políticos reemplaza a los partidos políticos y a la competencia para conseguir recursos. Con la restauración de la democracia, los partidos vuelven a ocupar el centro del escenario y los movimientos sociales tienen que despojarse de su utopía y cambiar sus estrategias para evitar ser marginados.

En el pasado, las mujeres se han retirado de la política luego de un período de activismo. Las tendencias demográficas actuales -altos niveles de escolaridad y empleo de las mujeres, mayores tasas de divorcio y una mayor movilidad social y geográfica- pueden significar una continuidad de la actividad política de las mujeres de clase media. La amnistía para los militares y la evidencia confirmada de represión política han mantenido activos a algunos grupos de derechos humanos, pero ello no es garantía de que los diversos sectores del movimiento de mujeres continúen trabajando juntos. Las mujeres ejercerán una poderosa influencia en su calidad de electoras, en razón de la brecha de género y porque las mujeres tienen menos lealtad con los partidos políticos, por lo cual constituyen un electorado decisivo en cualquier elección. Los esfuerzos por conquistar al electorado femenino pueden convertirse en característica común de las campañas electorales e incrementar la legitimidad de las instituciones democráticas para las mujeres.

No obstante, a pesar de la movilización de las mujeres para acabar con los regímenes militares, no está claro que las mujeres puedan ser activamente movilizadas en defensa de la democracia. Al igual que otros grupos con agendas políticas propias, pueden respaldar a la dirigencia política que le ofrezca más -incluidos sus deseos de "menos política" y "más estabilidad", sea esa dirigencia civil o militar, democrática o populista. Los movimientos de mujeres han estado tan estrechamente asociados con el proceso de democratización que es importante recordar que las mujeres no son

“democráticas por naturaleza”, así como tampoco son “conservadoras por naturaleza”. El apoyo de las mujeres a la democracia dependerá de la calidad de vida política que establezcan las nuevas democracias, así como del apoyo que éstas den a los temas de las mujeres. Las expectativas de las mujeres respecto a que la democracia traiga consigo un cambio social significativo pueden ser mayores que las de otros grupos; su experiencia es reciente y sus capacidades políticas son aún frágiles.

En los años setenta, pocos habrían podido predecir el surgimiento de un movimiento feminista en América Latina y aún menos habrían esperado que los movimientos de mujeres de la región hubieran sido una fuerza política importante en el restablecimiento de las instituciones democráticas. Hoy en día, estos movimientos han dejado una huella permanente en la historia política y social de la región y han servido de fuente de inspiración para las mujeres que están luchando por la representación política y trabajando en favor de las transiciones democráticas en otras partes del mundo.